

LA PROFECÍA DEL NUEVO MUNDO

PABLO ROJAS

Universidad Nacional de Educación a Distancia

C. A. Talavera de la Reina

En *Vida en claro*, José Moreno Villa confiesa que el exilio en México lo sumió en una honda depresión de la que logró escapar gracias al tesón y a la necesidad congénita en el ser humano de sobreponerse a situaciones extremas. Trocando la necesidad en virtud, aquel periodo se transformó en uno de los más fértiles de su carrera. En apenas siete años escribió, según recuerda, siete libros. Otro escritor que también padeció una recaída similar fue Guillermo de Torre. También en él la lejanía de España postró su ánimo en una amarga sensación de abatimiento. La sucesión de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial causan en él, según habría de reconocer con posterioridad, «un trauma lento de curar». Como en el caso de su amigo José Moreno Villa, fue el trabajo el vitamínico que lo reconstituyó moral y profesionalmente.

Con toda la casuística heterogénea a la que podamos recurrir, lo cierto es que el fenómeno del exilio español nacido de la guerra del 36 produce en los actores concernidos una variedad de experiencias extremadamente diversa que bascula entre el abismo de la más oscura desesperanza y la ilusión del aventurero inconsciente.

A enriquecer el caleidoscópico panorama de testimonios del exilio con que ya contamos, viene un libro inédito de Juan Larrea que ha tenido el acierto de recuperar el hispanista italiano Gabriele Morelli, gran conocedor de la obra de este «raro» de la Generación del 27. Rebuscando en los archivos del escritor bilbaíno, Morelli se topó con un manuscrito de 173 páginas escritas a mano, con forma de diario y sin título en su portada, en las que Larrea desgrana sus impresiones de la nueva etapa que, con motivo de su asentamiento en México en 1940, se abre en su trayectoria como escritor, pero sobre todo como ser humano ungido por la divinidad para afrontar nuevas y altas empresas. Larrea se siente hacedor de un nuevo tiempo en un Nuevo Mundo, América, un continente llamado a convertirse en una especie de paraíso terráqueo en el que puede arraigar una vida dominada por intangibles tan fertilizantes como el Amor o la Libertad. El autor de *Orbe*, enfervorizado por la fragua de esa cosmovisión, como si se tratara de un renacido misionero que desde Europa pretendiera sem-

brar una utopía salvífica en tierras americanas, da cuenta a lo largo de siete años de todo un rosario de ideas que mezclan lo personal con las más densas elucubraciones filosóficas e intelectuales.

Suele caracterizarse a Juan Larrea como un autor heterodoxo dentro del contexto vital en el que le tocó moverse. Pese a contar con el apoyo de su amigo Gerardo Diego, al que le unía su militancia creacionista y su inquebrantable fidelidad a Vicente Huidobro, y de haber aparecido en la famosa *Antología* con la que el santanderino promocionó a lo que después habría de conocerse como Generación del 27, lo cierto es que su figura parece haberse desleído con el tiempo y habitar posiciones esquinadas cuando no marginales dentro de la historiografía literaria española. El hermetismo de su poesía, muchas veces escrita en francés, la densidad de sus incursiones en el ensayo, su exilio, su trayectoria guadianesca, todo parece conspirar en su contra. Restan, no obstante, algunos fieles empeñados en extraer a Larrea de ese olvido al que parece estar abocado. Entre ellos se encuentra desde luego Gabriele Morelli que no incursiona por primera vez en este territorio. Fue de hecho el encargado de compilar una antología de sus textos para la Colección Obra Fundamental del Banco Santander (*Poesía y revelación*, 2009), benemérita empresa que ha contribuido a resucitar la obra de autores injustamente postergados. En una serie paralela de esta colección («Cuadernos de Obra Fundamental») es donde aparece este *Diario del Nuevo Mundo*,¹ afortunado título con el que Morelli sintetiza su contenido. Al estudioso italiano debemos también la edición de otro trabajo de Larrea, hecho en comandita con Luis Buñuel, el guion cinematográfico *Ilegible, hijo de flauta* (Sevilla, Renacimiento, 2007), y un interesantísimo epistolario en el que se recogen las cartas intercambiadas por Guillermo de Torre, Gerardo Diego, Vicente Huidobro y el propio Larrea, lectura indispensable para entender el desarrollo de la modalidad creacionista en la poesía española (Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008).

Diario del Nuevo Mundo viene de este modo a enriquecer la bibliografía de Larrea, proyectando luz sobre un periodo capital en su itinerario vital. Según se deduce de la lectura de sus páginas, el autor nacido en Bilbao era una persona propensa a los cuadros depresivos, un hombre de arraigadas convicciones religiosas, con un cierto punto de superstición en ellas, no en vano parece creer en la predestinación, en la cabalística, en la numerología o en la premeditada causalidad de las acciones. Hay, en este sentido, un concepto sobre el que vuelve una y otra vez: lo que él denomina la «voluntad objetiva», una especie de concierto exterior de las cosas que obra en su favor.

¹ Juan Larrea, *Diario del Nuevo Mundo*, edición de Gabriele Morelli, Madrid, Fundación Banco Santander, 2015, 188 págs.

Si bien pudiera presuponerse que dada esa propensión al decaimiento, la experiencia de la guerra civil o del exilio habrían de conducir indefectiblemente a Larrea a la apatía o incluso a la inacción, lo cierto es que su llegada a América se convierte en un estimulante, un reactivo. Así, en su primera anotación, el 4 de abril de 1940, ya habla de «resurrección», de haber sido capaz de vencer la «fase aguda» de la tragedia española. Se abre por tanto en su vida un tiempo nuevo, un tiempo de esperanza. En el México en el que Lázaro Cárdenas, cuya figura se recuerda en estas páginas, ha abierto un espacio para la solidaridad con los republicanos españoles, Larrea es nombrado copresidente de la Junta de Cultura Española. Se involucrará de igual modo en empresas editoriales como la promoción de la revista *Cuadernos americanos*, en donde habrá de aparecer su obra *Rendición de espíritu*, sobre cuya gestación se dan numerosas pistas en este diario.

Son siete, como decíamos, los años que transcurren entre la primera anotación (abril de 1940) y la última (4 de agosto de 1947). Un periodo convulso en la historia mundial, no en vano tiene lugar el auge y caída de experiencias totalitarias como el nazismo o el ímpetu destructivo de la Segunda Guerra Mundial, hechos dramáticos que incitan al escritor a buscar un reverso amable, una promesa de felicidad fundada en la instauración del Amor en un continente virgíneo, que desde su mismo nombre parece estar predestinado a cumplir tal papel. En base a su formación intelectual, Larrea entiende que este proyecto, limpio de impurezas, debe sustentarse sobre los brazos de la cultura francesa, apoyada por lo mejor de la tradición española.

Larrea desgrana a lo largo de estas densas páginas sus principales inquietudes del momento. Desde luego la lectura del diario da sensación de inmediatez ya que en cierta forma asistimos al parto de las ideas. Muchas de ellas son reiterativas. Larrea se propone alcanzar cierta limpidez expresiva e intelectual, aportar claridad sobre conceptos no siempre fáciles de elucidar. Es por ello por lo que vuelve una y otra vez sobre unos temas que le obsesionan, atacando lo que parece ser una fortaleza inexpugnable con reiterativas aproximaciones y calas. En cierta forma su pensamiento es circular, obsesivo, nacido de un deseo de irradiación exterior. Sorprende por tanto que el texto hubiera permanecido inédito y el autor no lo hubiera dado a la imprenta en su momento de gestación, pues se encuentra amarrado a un tiempo muy concreto con el que entabla un diálogo constante y fértil. El diario es, en este sentido, hijo de una experiencia vital e histórica irreplicable y única.

Se funde en él lo especulativo con lo personal. Junto a la reflexión más etérea de vez en cuando el escritor nos desvela girones de su existencia: sus vacaciones, sus enfermedades, sus afanes editoriales. Vida y literatura se funden y confunden en un todo orgánico y sintético como sintética es la profecía de renovación espiritual que

Larrea formula, según la cual su ser confluye con la realidad exterior para dar origen a una entidad más elevada y sublime.

En este libro, en el que no faltan ciertos arrebatos místicos y un aprovechamiento instrumental de lo onírico, Juan Larrea se sirve de la mitología cristiana para dar cuerpo a sus ideaciones, en especial de la iconografía del génesis, no en vano asistimos al nacimiento de un nuevo ser y de un nuevo mundo. La experiencia de la guerra española se sintetiza en la idea de un «robinsón crucificado» o en una especie de cadáver corrupto capaz de resucitar cual Lázaro para dar origen a un ente purificado y germinador. América es el «paraíso», «la tierra de promisión», «la manifestación del alma del planeta». No falta la serpiente, símbolo del mal, de lo detestable, de todo aquello que ha de dejarse atrás. El autor se siente poseído por una voluntad de amor, de alegría, de conciencia y se erige en profeta de un nuevo tiempo y de un nuevo espacio. El tono profético, exultante, domina toda la narración.

Este diario del Nuevo Mundo no deja de ser el testimonio de un momento crucial en la vida de Larrea que se enfrenta ante una disyuntiva, que ha de elegir el camino a seguir en una intersección de carreteras. Es un momento transcendental en su devenir como persona, un momento de transformación, de metamorfosis. Frente a la posibilidad cierta de caer en la depresión, Larrea opta por superar el trauma de la guerra y alejarse de las tinieblas del pasado. Ante la fatalidad, América se erige en la tabla de salvación del naufrago, la ansiada tierra de promisión a la que el escritor ancla sus ensoñaciones de renovación. No se contenta Larrea con participar en este proyecto como mero espectador, como simple teorizador. De la moral teórica pasa a la moral práctica. De la reflexión salta a la actuación.

Libro, en definitiva, denso, para degustar en pequeños sorbos, necesario para perfilar la silueta de este autor tan singular en nuestras letras. Un libro que, como indicábamos al comienzo, ayuda a componer ese incompleto puzzle de experiencias diversas que el exilio del 36 fue capaz de generar. La resurrección editorial de Larrea y de otros autores que se manejaron en paralelas coyunturas adversas es desde luego un acierto digno de alabanza.